

La novela histórica: Un recurso didáctico complementario

Alejandro Favela

HACE ALGUNAS DÉCADAS, cuando a la educación se le otorgaba un sentido formativo, la enseñanza de la historia ocupó un lugar preponderante, pues se la reconocía como base de conocimientos para todas las disciplinas de ciencias sociales y de las humanidades; su conocimiento constituyó los cimientos de toda modalidad de una cultura sólida.

Hoy en día, la formación académica que se promueve en las instituciones de educación superior, se parece más a una habilitación para el desempeño profesional. Esto trae consigo, entre otros lamentables resultados, que el conocimiento histórico haya perdido la importancia capital de la que antes gozó. Los programas de estudio en las universidades se han orientado por algunas décadas, a la formación de especialistas disciplinarios en detrimento de una sólida base cultural, que se adjunte a una gran capacidad para la resolución de problemas específicos. Afortunadamente esta perspectiva empieza a cambiar gracias a las propuestas de incorporar en la formación de los estudiantes, la multidisciplinaria, la interdisciplinaria, la flexibilidad de los planes de estudio y la movilidad estudiantil. El paulatino abandono de la hiperespecialización a nivel de licenciatura es un buen augurio para la revaloración de la formación cultural de los alumnos de educación superior.

Los enormes avances que las tecnologías de la información están ya ofreciendo a los profesores y alumnos, un valor inestimable como auxiliares didácticos, en tanto elementos que permiten allegarse cuantiosa información de manera muy rápida y a bajos costos. Tener acceso a Internet permite el ingreso a bibliotecas y hemerotecas de manera remota, la visita virtual de museos, discografías o ciudades. Todo ello hace que el estudiante pueda tener un contacto más directo

con aquello que estudia, de tal suerte que su formación sea cada vez más completa y rica.

Sin embargo, el mundo multimedia tiene una carencia básica: es un recurso didáctico en el que la literatura y la imaginación no reciben el estímulo necesario para que el joven estudiante pueda familiarizarse con el don de la palabra, elemento básico para la expresión escrita que constituye una de las habilidades sustantivas para la comunicación en cualquier disciplina universitaria.

En casi todos los planes de estudio donde se intenta formar a los estudiantes con un buen manejo de la lengua escrita, se les lleva a través de los cursos de redacción a aprender a redactar correctamente. Resulta evidente que las técnicas de la redacción son piedras angulares de todo buen escrito, pero a escribir se aprende escribiendo.

Escribir y comunicar ideas obliga a contar con conocimientos específicos sobre aquello que se va a redactar, un mínimo de técnicas de redacción e imaginación para construir un discurso coherente.

El hacerse amigo de la literatura adquiere ahí un enorme valor formativo, pues es leyendo como aprendemos a escribir, leyendo es como aprendemos a construir un discurso bien estructurado, leyendo es como ampliamos nuestro vocabulario y leyendo es como aprendemos a hacer uso de nuestra imaginación para resolver los problemas que se desean explicar.

Un viejo recurso de la formación cultural había sido siempre la lectura de novelas de carácter histórico, ya que por lo general guardan estructuras literarias sin demasiadas complejidades. Casi siempre están dotadas de narrativas ágiles, descripciones interesantes de lugares y formas cultu-

rales, así como también entretenidas y que hacen al lector tener que imaginar los espacios, las ropas, las costumbres, los instrumentos que son referidos a lo largo de ese tipo de novelas. Las novelas históricas facilitan el acercamiento del lector a personajes, acontecimientos y épocas que en los textos propiamente históricos, en muchas ocasiones, tienen tratamientos áridos y no siempre con un lenguaje accesible ni correcto en su sintaxis.

Existe un amplio catálogo de novelas de carácter histórico que perfectamente puede convertirse en un elemento didáctico complementario de muy diversas materias y cursos cumpliendo un triple objetivo: que el alumno lea literatura y tenga un acercamiento amable al manejo fluido de la lengua escrita y llegue a aficionarse a la lectura de literatura; finalmente, que el alumno pueda recrear hechos históricos no como datos, sino como la construcción que hombres y mujeres concretos realizaron en condiciones específicas de tiempo, lugar y cultura; y que el alumno pueda desarrollar su imaginación a partir de esas recreaciones narrativas y aprenda a construir su propio discurso, como elemento de comunicación a través de la lengua escrita.

Las nuevas propuestas educativas exigen del alumno universitario una creciente capacidad de comunicación, tanto en sus hallazgos, como en sus dudas, pues el trabajo en equipo que la multidisciplinaria y la interdisciplinaria promueve, obliga al trabajo en equipo y a la cooperación, de tal suerte que la habilitación para la comunicación oral y escrita se hace cada vez más imprescindible, y por lo tanto, el recurso

a la lectura y promoción de la novela histórica, por parte de los profesores entre sus estudiantes, puede convertirse en una excelente vía para adquirir ese tipo de herramientas comunicativas y por ello aparece como una valiosa opción para una formación universitaria más completa.

La lectura de novelas históricas permite que el joven estudiante universitario tenga una aproximación ligera y amigable a la historia y a la literatura, éstos últimos, fundamentales en su formación cultural, ya que la historia le permite conocer diversas maneras que han sido ensayadas a lo largo del devenir de la humanidad; todo ello para la adquisición de resolución de problemas desde ópticas culturales diferentes a la suya, lo cual le abre posibilidades múltiples para el planteamiento y resolución de los problemas a los que él mismo va a enfrentarse como estudiante y como profesionalista. Es ahí donde el conocimiento histórico adquiere su verdadero poder formativo, independientemente de cual sea la disciplina universitaria a la que este dedicado. Una cultura general, nunca puede estar alejada ni de la historia ni del correcto uso del lenguaje y en ambas, la novela histórica, como recurso auxiliar de la docencia universitaria, tiene un papel importante que cumplir, con una enorme ventaja que es la de ser accesible. Los programas de tutoría, que están instituyéndose en casi todas las universidades, deberían incluir entre otras de sus recomendaciones, buenos y bien escogidos listados temáticos de novelas históricas como elementos complementarios y auxiliares de la formación universitaria para los estudiantes. •



De la serie Xochimilco

ALEJANDRO FAVELA es profesor investigador adscrito al Departamento de Sociología de la UAM Iztapalapa. Correo electrónico: afg58@hotmail.com